

QUÉ HACER CON EUROPA

SALAS, Jaime de; RODRÍGUEZ, Mariano y QUEJIDO, Óscar (eds.): *Nietzsche y Ortega pensando Europa y a los europeos*. Madrid: Dykinson, 2025, 199 pp.

CARLOS SANCHÓ VICH
ORCID: 0000-0001-7449-4240

En febrero de 2023, en la sede madrileña de la Fundación Ortega-Marañón, se reunieron algunos de los investigadores más notables del panorama académico español para reflexionar sobre Europa y los europeos a través de Friedrich Nietzsche y José Ortega y Gasset. No cabe la menor duda que tal encuentro fue un acierto, tal como testimonia este libro donde se recogen las intervenciones, pues, ¿qué otro tema puede resultar más actual y pertinente que la tentativa de comprender qué es Europa y en qué consiste ser europeo?, ¿y qué mejores interlocutores que los dos filósofos convocados?

Me parece que el factor que ha reunido a los autores nace de una misma preocupación, que trasciende el mero interés académico: la idea de que Europa está amenazada y en declive. El enconado euroescepticismo y anti-europeísmo, que surge en propio suelo europeo, es un movimiento cada vez más asentado en muchas capas de la población. Y este libro, visto en su conjunto, viene a ser un alegato a favor de Europa, de la necesidad de indagar de nuevo sobre el fondo cultural común que, tanto Nietzsche como Ortega, invocaron, oponiéndose a las tentativas

fragmentadoras de índole *política* (término que tanto Nietzsche como Ortega contrapusieron a *cultura*). Quizá sea el artículo de Jesús Conill el que ofrece una visión panorámica más amplia de cómo ambos insistieron en el europeísmo larvario de sus respectivos momentos, para dirigir al europeo hacia una misma meta: una unidad transnacional en la que pudiera emerger y florecer el “buen europeo”, un sujeto experimentador y cosmopolita, que contuviera multitudes. Pero Conill ahonda también en las respectivas críticas sobre la diversidad de fuerzas, intereses y fenómenos –el nacionalismo, la politización de la vida, la democracia, el Estado, la aparición de las masas, la técnica y la cultura del dinero– que bloquea el que esa unidad deviniera realidad efectiva.

Por otro lado, huelga resaltar una idea transversal en gran parte de los artículos que componen este magnífico volumen, la de que Europa se caracteriza por hallarse al borde de su difuminación, por carecer de una esencia clara: su movilidad, la contradicción, la negación, su tolerancia y apertura a la alteridad, parecen ser, paradójicamente, distintivas, lo cual imposibilita el cierre de Europa a una identidad definida. Su vocación es la de mantenerse abierta a lo que la trasciende, a lo Otro, así como a contener una insoportable cantidad tal de contradicciones aun cuando ello suponga una mayor vulnerabilidad geopolítica. Arno Gimber, por ejemplo, insiste en que lo característico del europeo es un modo de estar en el mundo, la “errancia”, la disposición a la *quête*, la



cual contraría cualquier asentamiento acomodaticio en convencionalismos y dogmatismos de toda índole. Ello nos hace pensar que Europa se niega a cualquier intento de petrificación de sí a partir de sí; se insinúa falaz cualquier propósito de fijarla apelando a ciertas raíces culturales pretéritas (Grecia, Roma, la Cristiandad, etc.) en aras de distinguirla nítidamente de lo foráneo. Refuerza esta idea Óscar Quejido, quien defiende que la liberalidad espiritual (*Freiinnigkeit*) que caracteriza al “buen europeo” bebe del nomadismo y la flexibilidad propia del pueblo judío, condenado a la *diáspora*. Se nos invita, en resumen, a pensar al buen europeo por su perseverante curiosidad y amor por lo lejano, por su afán aventuresco de conocimiento e incorporación de lo ajeno.

Diego Sánchez Meca, por su parte, aborda la necesidad de trascender el “etnocentrismo europeo”. Afirma que han sido los mismos ideales ascéticos, de talante judeocristiano, la obcecación por la verdad y por la honestidad, lo que ha contribuido a desarrollar una actitud hipocrítica del europeo con respecto a las nociones y principios que lo constituyen, así como una apertura a la posibilidad de una forma de vida creativa y experimental, incapaz de resignarse a lo heredado. Es, por tanto, un rasgo de la idiosincrasia europea, insiste Meca, que exista un perseverante esfuerzo de constituir valores, así como la inclinación a desmantelarlos. Ello conecta con los planteamientos de Mariano Rodríguez. Este subraya la agónica tensión psicofisiológica que soporta el individuo europeo debido a

las “tres raíces” (Antigüedad grecorromana, el Judeocristianismo y la Ciencia moderna) que lo constituyen. Esta conflictividad caracteriza al europeo y torna Europa en el espacio *par excellence* para el desarrollo de la idiosincrasia y de la autosuperación. Si bien dicha tensión agónica sume Europa en un malestar perpetuo, del cual el individuo pretende escapar amparándose en creencias anacrónicas (retorno a la fe), utopismos e identidades ficticias (socialismos y nacionalismos), cabe al mismo tiempo reconocer que ella misma es la que le otorga su genio y excepcionalidad.

No podía faltar, por otro lado, la necesidad de cubrir la recepción de Nietzsche en el pensamiento de Ortega, tal como se aprecia en el artículo de Jaime de Salas. De Salas expone que la pretensión orteguiana de hallar una “comprensión española del mundo” en el marco de la cultura europea pasa por la asimilación de la exigencia de “auténticidad” nietzscheana; esta se torna crucial si cada generación e individuo anhelan superar su relación de dependencia con respecto a las opiniones dadas y resignificar el mundo desde una proximidad radical con *su* vida. Por otro lado, hablando de la recepción orteguiana de Nietzsche, huelga también advertir el mérito del trabajo de Iván Caja: partiendo del análisis de la Biblioteca de Ortega, y atento a las notas de puño y letra del filósofo español a sus libros de Nietzsche, nos hace una reconstrucción del contexto bibliográfico sumamente útil para futuros investigadores. No menos interesante a este respecto es el artículo de Eduardo Gutiérrez, quien nos expone el decisivo

papel de Simmel en la recepción orteguiana de Nietzsche.

Para terminar, quisiera resaltar un conjunto de artículos que me han parecido girar en torno a una misma preocupación de fondo: el de la construcción de la subjetividad. Véase la aportación de Marcos Alonso, centrada en la polémica noción de domesticación, sumamente condicionada por las ciencias biológicas de la época. O la de Carlos Sancho, que trata de atisbar la fascinación común en ambos pensadores por una civilización, la del “amor cortés”, que se nos revela como un paradigma de espiritualización. O la de

Germán Cano, quien señala la urgencia de plantear nuevas *ascéticas* que espiritualicen a un sujeto desublimado, rasgo característico del hombre-masa.

En definitiva, el libro *Nietzsche y Ortega pensando Europa y a los europeos* no sólo destaca por enriquecer la bibliografía sobre las relaciones de nuestros filósofos, sino que es sumamente oportuno; un ejemplo paradigmático de cómo repensar y abordar nuestro presente a través de las voces del pasado. Considero que es de lectura obligada para cualquiera que desee comprender la situación tan conflictiva y crítica que está atravesando Europa.